

## De esas nadas..., que abundan en las Salas de Internadas



Nos quedamos mirando, con la boca muy abierta.

Siete de la mañana y hace mucho, mucho frío. Una mala emoción, nunca deja de ser eso y mucho más... Angustias y pasiones que te llevan rodando hasta los límites de aquellas primitivas emociones, que creías que dormían para siempre. Un alfabeto de gestos y un rosario de posturas se derrama en esa hora, conversando entre nosotros, mientras el silencio sigue siendo el dueño de la sala de internados.

Y no se sabe bien en que momento, pero empezó la recorrida, recorrida médica como en todas las mañanas. Dos médicos viejos, cuatro jóvenes y otros tres, surcando por la mitad de su viaje por los años. Corriendo todos por el tiempo, mientras uno se gasta lo que llamamos vida, en hacer siempre lo mismo. Siempre lo mismo hasta comprender que lo importante, solo es el tiempo y no el dinero. Revisar, medicar y cuando no se puede, consolar. Y lo mismo de lo mismo en cada cama...

A veces la muerte empecinada, engendra algunos brotes de la obstinada vida. Se los ve a esos brotes cuando miramos al enfermo en su cama, la cabeza trastocada, el cuerpo muy delgado y ya sin fuerzas, envuelto en un poncho norteño que destila unos furibundos negros y algunos desgarrantes rojos. Y mucho más allá, una mujer que también se va muriendo, mientras alguien vive a la muerte de la muerte, la siente y la va llorando en la persona del hombre del poncho tan norteño.

Todos tenemos el destino de haber sido aquel que fue... Afuera el gris y la garúa se abaten en un somnoliento y aburrido Buenos Aires. Adentro, el hospital bosteza y se hace un simple y gran espacio muy vacío, que vuelve a revivir en cada enfermo. Dentro de cada cama hay una historia y mil historias. En muchas, el dolor se desplaza hasta los bordes y se adueña de las sabanas y almohadas. En cada cama se detiene el tiempo, condensado en un instante. En cada cama...

Los pasillos largos son prismas tumbados, recostados, que te invitan a caminar y a caminarlos. Los enormes ventanales son manantiales de luz plena, que se derraman entre las paredes despintadas, descascaradas y oxidadas. Enfermos quietos, inmóviles, en una especie de escultura al vuelo, mientras miles de enfermeras les revolotean como sacándoles el polvo a las estatuas de una plaza.

La recorrida sigue en su periplo eterno. Revisan un abdomen, un tórax y una vejez sin casa

y sin familia... Olores y dolores, pudores y sudores, anemias y blasfemias... y más, y más. Futuro ingrátido detenido en el presente, a la espera del veredicto de los médicos. Describiendo una parábola, la vida se vuelve cautelosa y en una presencia leve, ansía retomar el lugar negado del mundo de los sanos.

¿Cómo se hace para no contar historias tristes? El hospital siempre esta rebosando en un sinfín de historias tristes, como las de cada uno de todos sus enfermos. En sus caras se traducen la inmensa dimensión de su sentir, sin personajes ni mentiras detrás de sus dolores. Y el caminar del ir y del venir, de los médicos y de los enfermeros, por el borde mismo de ese ingrato mundo de desplazados y de suspendidos, que se quedan a la vera del pasillo, parece un ejercicio de blancos guardapolvos melancólicos.

Una hora, dos horas y tres horas, revisando enfermos, enfermedades y futuros... Más allá de los sueros y pastillas, va penetrando la paleta de pintor de cada médico. Y se extiende, cambiando y rellenando todo lo que había de base, como ocurre con las pinturas al óleo de una tela. Un viejo demasiado, demasiado flaco, o alguna osamenta que camina, o un muchacho rozagante que está herido de muerte, se responden entre ellos, como en un eco afónico que va reverberando en la desolación más pura.

Médicos y médicos. Cansados, preocupados, y que siguen caminándose la sala de internadas. Recorrida en la que nunca es lo mismo de lo mismo, aunque van pasando los enfermos, y nunca, nunca es el mismo río... Son así, y no hay nada más y ni un poco de más nada. Para algunos la Medicina tan solo es una excusa para hablar de los enfermos. Para otros, los enfermos tan solo son la excusa para hablar de Medicina.

- *Pero, ¿cómo...? ¡¿Nadie preparó el café...?! - suelta un viejo médico al finalizar la recorrida, apenas todos regresamos a la Sala de los Médicos.*
- *No. El hospital por razones presupuestarias no lo provee más. Y ayer se nos terminó el café y hoy, nadie trajo... - responde con la voz cansada y los ojos vidriosos, un joven médico que estuvo de guardia por la noche.*
- *¿Acaso existe la vida, antes del café de la mañana...? - reflexiona alguien, en sorna y por lo bajo.*

No hay siquiera el consuelo del café en ese día... Es demasiado de lo mismo. Ni siquiera un café para los médicos, como formando parte de toda esa miseria. Un café es casi nada, de esas nadas que abundan en las Salas de Internadas. Nos quedamos mirando, con la boca muy abierta.

Fin  
Fin